

cribiendo en ígneos caracteres, en la portada de su trono, la suerte que aguarda á las naciones fuertes que huellan con menosprecio á las naciones débiles. Y ¿qué suerte le estaba reservada al ejecutor mismo de esta obra, cuando hubo todo concluido? El también consiguió la noción de que su destino lo empujaba á la dominación universal. Francia era muy pequeña.—Europa, pensó él, debía doblegársele también.

Pero tan pronto como esta idea se apoderó de su alma, también él se tornó en impotente. Su "Terminus," debía igualmente retroceder. Allí mismo, mientras presenciaba la humillación de Rusia, Aquel que retiene en su mano los vientos, acumuló las nieves del Norte y las sopló sobre sus seiscientos mil hombres; corrieron, (se helaron) perecieron. Y resultó, pues, que el poderoso Napoleón, el que se había propuesto la dominación universal, fué á su vez llamado á responder por la violación de la antigua ley.

"No debes codiciar nada de lo que pertenece á tu vecino." ¡Cómo ha caído el poderoso! Este hombre, bajo cuya orgullosa planta temblaba la Europa entera, se tornó, primero, en el desterrado de la Isla de Elba, y finalmente, en un prisionero sobre la roca de Santa Elena. Una isla desierta, un mar solitario, el cráter de un volcán extinto, fueron el lecho de muerte del formidable conquistador. Todas sus conquistas se han reducido á esto. Llegó al fin su hora postrera, y él, el hombre del destino, que había estremecido al mundo como con las convulsiones de un terremoto, yace ahora impotente, silencioso, como un mendigo, así murió. En alas de una tempestad que bramó con insólita fiereza el alma fogosa de este portentoso guerrero llegó hasta el trono del único Poder que gobernó su vida; nuevo testimonio de la existencia de aquella eterna ley que los que no gobiernan con justificación, perecerán desde la tierra. Al fin, ya ha hallado "espacio."

Y Francia, también ella ha hallado espacio. Ya sus águilas no gritan como antes, en las orillas del Danu-

bio, del Po y de Boristenes, han tornado á su hogar, á su antiguo nido entre los Alpes, el Rhin y los Pirineos. Así sucederá con las vuestras. Bien podréis llevarlas á las más enhiestas cumbres de las Cordilleras; bien podrán agitarse con insolente vuelo en el alcázar de los Moctezuma; los ejércitos mexicanos podrán amilanarse ante ellas; pero las más endebles manos en México, al elevarse implorantes al Dios de Justicia, pueden atraer sobre vosotros un Poder en cuya presencia, los fierros corazones de vuestros soldados se tornarán en lividas cenizas!

Descripción de las tres funciones con que este Colegio celebró la definición dogmática de la Concepción Inmaculada.

*Memoria mea in generationes
saeculorum.*

Eclesiast. cap. XXIV. v. 28

*Qui elucidant me, vitam,
æternam habebunt. 15 lb. v. 33*

Ocho de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—He aquí el día señalado allá en los consejos eternos para levantarse en medio de la confusa serie de los siglos como un monumento edificado entre el tiempo y la eternidad; la multitud de generaciones cristianas que por cerca de dos mil años se han sucedido ora combatidas por los recios embates de la impiedad y la heregía, ora deslizándose tranquilas al suave impulso de la fé, suspiraban llenas de santa inquietud por que luciese la aurora de tan bello día; esperando unas como el faro que, en la terrible borrasca de las persecuciones, había de descubrirles el puerto de salvación, las otras como el complemento de las bendiciones de

Dios y como el sello indestructible de la envidiable paz de que gozaban.

Después que se cumplieron los vaticinios de los profetas; y que las esperanzas de los patriarcas se realizaron, la Esposa del Cordero apareció magestuosa como los cedros del Líbano, y su dominio se extendió por todo el universo, los pueblos se prosternaron en su presencia y los reyes depusieron á sus piés sus coronas de oro; pero el espíritu de las tinieblas, envidioso de tanta gloria, encendió la soberbia en el corazón de los hombres y mil y mil errores desafiaron audaces el poder de la Iglesia. las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, porque así lo ha prometido la eterna verdad; pero desde entónces fueron las lágrimas el sustento diario de los verdaderos creyentes; los reyes se revelaron contra élla sin reparar que aniquilaban su propia autoridad y los pueblos, en la insensatez del vértigo que los agitara, quisieron apagar el astro que con su bienhechora luz les había alumbrado el camino de la civilización: ¡cuántas épocas de sangre y lágrimas, de luto y exterminio! ¿Y quién podía restituir á la Esposa desolada las brillantes galas de las vestiduras nupciales? ¿quién enjugaría el llanto de sus ojos volviendo á su corazón la paz que le había sido arrebatada? Solo Aquella tiernecita niña que se alza risueña como la aurora, graciosa como la palma de Cades esparciendo perfumes más suaves que el nardo y la azucena, por que solo Ella recibió el privilegio de quebrantar con su planta la cerviz de la infernal serpiente: á Ella, pues, volvió la Iglesia sus ojos, y para hacerla propicia anhelaba incrustar en la corona con que la Trinidad augusta había ceñido sus sienas, la joya de más valor que podía ofrecerle: por eso la Iglesia católica, olvidando los males que la cercan, prorrumpe en cánticos de alegría y sin poner límites al regocijo que la anima, agota sus esfuerzos para celebrar dignamente la declaración dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen Mar-

ría. El iris de una alianza nueva entre Dios y los hombres sile del Vaticano, y teniendo por centro al inmortal Pio IX. se extiende magestuoso como una zona brillante que ciñe la redondez de la tierra, los fieles se humillan anonadados de gozo celestial y saludan reverentes al venturoso día ocho de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro, como á un monumento levantado á las misericordias del Señor y á las glorias de la Virgen sin mancha y que testifica la gratitud de la Iglesia por los siglos que han sido y su esperanza segura por los tiempos que han de venir.

Muy brillante es la pompa que los pueblos todos del orbe católico han desplegado animados de la más santa emulación y asombra la magnificencia con que esta solemnidad, la primera en los anales del cristianismo, se ha celebrado en nuestro país; el corazón se siente dulcemente conmovido y el espíritu se agita con las emociones que solo sabe inspirar el sentimiento religioso al contemplar el brillante, el indefectible testimonio que México acaba de dar de su piedad. México la nación, mariana por excelencia, la escogida de un modo singular por la Virgen sin mancha para ostentar en ella su maternal amor, exaltándola sobre todas las que dejaron de ser y sobre las que se alzaron de las ruinas de las que hoy se creen imperecederas.

Para perpetuar la memoria de tan singular protección, como un monumento de religiosa gratitud, se eleva un colegio de misioneros apostólicos entre las escarpadas montañas de Zacatecas. ¿Quién no ha oído hablar de este asilo de santidad en cuyo recinto? no penetra la infecta atmósfera de mundanales afectos? ¿Quién no conoce la fama de estos religiosos que renunciando los bienes de fortuna y las glorias de la tierra, para consagrarse al bien de sus semejantes, llevan por donde quiera con la humildad en el corazón, la paz en sus palabras y la caridad en sus manos? Allí las alabanzas del Altísimo resuenan sin interrupción, solemnes en las altas horas de la noche, en esos momen-

tos sublimes en que las sombras del día que va á espirar evocan la luz del que le ha de suceder, llenas de alegre suavidad cuando los primeros rayos del sol empiezan á dorar las cimas de los vecinos montes, lentas y graves en la hora en que las cigarras silban abrasadas por los ardores del sol, dulces y melancólicas como los rítmicos gemidos de la torcaza, cuando el crepúsculo de la tarde tiende su capuz, y á prima noche cuando la luna resbala sus argentados rayos sobre los cristales del templo ¡cuán hermoso es contemplar desde el fondo de la solitaria nave á aquellos santos cenobitas con sus hábitos color de tierra, postrados al pié del altar cantando con la unción propia de las armonías gregorianas, la pureza sin mancha de la que es la gloria de Jesusalen, la alegría de Israel, la honra de nuestro pueblo, la santa Iglesia católica, y pidiendo á la estrella del mar puerto seguro para los navegantes y el consuelo y la salud para todos, á la que es el consuelo de los afligidos y la salud de los enfermos!

Esta casa toda de oración y caridad dedicada enteramente á los cultos de la especial protectora de los mexicanos y rama ilustre del orden seráfico, no podía dejar de solemnizar la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción y efectivamente desde que tuvo conocimiento de las Letras Apostólicas, comenzó á hacer grandes preparativos y si bien las circunstancias no permitieron realizar cuanto se proyectaba, lo que se ha hecho ha sido de extraordinaria magnificencia, y deseamos que el cuadro que vamos á bosquejar, se aproxime en lo posible al original que copiamos. Pero nos parece conveniente dar una idea del templo para que sea más exacta la que se forme de las solemnidades de que nos vamos á ocupar.

El frente del Colegio dá á la plaza principal de la Villa, la cual plaza es de regular extensión, perfectamente cuadrada, cercada de árboles y sofás de piedra y formada por casas en lo general buenas: el atrio se eleva como unas dos varas sobre el nivel de la plaza,

tiene una sola puerta en el centro, á la cual se sube por una escalinata muy suave y que sirve de base á la pequeña portada de orden toscano; á los lados de la cual corre un muro, deprimiéndose y elevándose en ondas almenadas hasta formar un completo cuadro con el frontispicio del Colegio, á la parte interior y al rededor del muro, hay catorce grandes nichos con cruces de piedra, y todo el atrio está cubierto de cipreses entre los cuales descuellan algunos fresnos de lozana copa, tal vez un pensamiento profundo ha hecho colocar allí estos fresnos, imágenes risueñas de la vida perdidas entre esos oscuros obeliscos que la naturaleza ha consagrado á la muerte; en último término se levanta la fachada del templo con su torre redonda cuya linternilla que descansa sobre una cúpula cubierta de azulejos sostiene una gran cruz de fierro con su cotaviento; el estilo de la arquitectura y el rojo oscuro de la piedra ennegrecida por las lluvias en los intersticios de los relieves le dan cierto aire de antigüedad muy superior á la que realmente cuenta; á la izquierda de la fachada están como escondidos en un rincón del atrio los arcos de la portería con sus gruesos enverjados de madera pintados de ocre quemado: el conjunto respira la melancolía grave y religiosa que corresponde al vestíbulo de esa casa de oración y penitencia. Pasemos ahora al umbral del templo: apenas habremos dado un paso más allá del hermoso cancel que en dos pilastras dóricas blancas y doradas con sus tableros de cristal azul, sostiene en doradas serchas un espacioso campo de cristales blancos cortados por una cruz de cristales encarnados, y un sentimiento indefinible nos hará detener involuntariamente. Desde aquí el brillante adorno del templo, cuyo mérito singular consiste en la unidad de pensamiento, produce un efecto maravilloso: el pavimento de ladrillos encarnados sembrado de grandes óvalos de azulejos, semeja un alfombrado vistosísimo: las paredes y las bóvedas de blanco apagado hacen resaltar entre sus

cenefas doradas sobre el fondo azul el blanco terso y lustroso de las pilastras, de los arcos, de las cornisas y de los altares con sus bocelos, capiteles y relieves de oro bruñido: sobre el antepecho afilegranado del coro, descansa una balaustrada de blanco y oro que corre sobre la cornisa del templo y va á rematar en el altar mayor, el cual figura un soberbio pórtico de orden compuesto formado por dos grupos, cada uno de tres columnas que sostienen un cornisamiento con friso de color verde mar y relieves blancos y dorados, en el centro está la hermosa imágen de Nuestra Señora de Guadalupe en un templete que semeja la concha nácar con adornos dorados, y el pórtico está coronado por el misterio de la Augusta Trinidad, en torno del cual extiende sus profusos rayos una ostentosa ráfaga dorada: es un templo de marfil y oro, levantado sobre un suelo de escarlata. Desde luego se ve que sin necesidad de nuevos adornos el templo es ya bastante suntuoso; pero el celo de los religiosos no habría quedado satisfecho si no hubiesen esforzándose para dar á estas funciones el mayor esplendor posible.

En la tarde del día cuatro de Octubre volvió al Colegio la santísima imágen de la inmaculada Concepción que había llevado á Zacatecas el cuerpo de abogados. Las calles y plazas del tránsito estaban adornadas con gusto, y la comunidad, con la solemnidad correspondiente, salió á recibir á la Santísima Virgen que rodeada de niños que representaban los siete príncipes, iba en un gracioso carro, precedido de otro en el cual niñas vestidas con elegancia y sencillez, simbolizaban las principales virtudes: cuando la procesión llegó al frente del cementerio, se bajó del carro la santa imágen para trasladarla en andas hasta la puerta de la Iglesia donde fué colocada en el altar dispuesto de antemano, á cuyo pié la comunidad arrodillada cantó la *Tota pulchra*. La madre del Salvador con su modesta apostura, de pié en medio de los melancólicos cipreses que proyectaban sus sombras gigantes-

cas que á los últimos rayos del sol próximo á hundirse detrás de la cordillera vecina, la inocencia cándida y alegre al lado de la austera penitencia, aquellos cantos sonoros y bien concertados, el profundo silencio que reinaba en el concurso que llenaba el cementerio, conmovían suavemente el corazón y sugerían al entendimiento mil ideas consoladoras.

Al siguiente día comenzó el novenario; durante los nueve días, el Santísimo Sacramento estuvo expuesto desde las seis de la mañana hasta la tarde despues del ejercicio: por la mañana se cantaba una misa solemne, turnándose los religiosos por el orden de sus oficios desde el Prelado: rezaba luego la novena el R. P. Postulador Fr. Bernardino de Jesús Pérez, despues de la cual cantaba el coro la "Pintura de la Santísima Virgen" cuyo estribillo repetía el pueblo alternando con las estrofas: estos hermosos versos con su música alegre y armoniosa fueron compuestos muchos años ha por el memorable P. Fr. Rafael Oliva, y concluía el mismo R. P. Postulador con fervorosas exhortaciones. Por la tarde rezaba la comunidad el rosario alternando con el pueblo: en seguida se hacía una plática alusiva, se cantaba la letanía y la muy tierna paráfrasis de la décima "Bendita sea tu pureza" cuya letra y música es del R. P. Fr. Mariano de Jesús Vázquez del Mercado, y después de las preces de estilo se depositaba el Santísimo Sacramento. Mucho sentimos no poder dar lugar á las pláticas no sólo porque abultarían demasiado este opúsculo, sino principalmente porque algunos religiosos, habituados á la predicación y rodeados de graves atenciones, sólo escribieron los puntos de las que dijeron. El asunto era uno sólo, la declaración dogmática de la Concepción Inmaculada; pero asunto tan fecundo abría á la ejercitada inteligencia de esos piadosos misioneros, un campo vastísimo para desahogar los afectos de sus corazones inflamados en el amor de la que es Madre del amor hermoso. del temor, de la

sabiduría y de la santa esperanza(*) cuánta y cuán profunda variedad en los temas y su expresión, ora la suavidad y la dulzura, ora el fuego del entusiasmo ardiente; unas veces la ternura más insinuante, otras la valentía y elevación de los pensamientos, ya se desliza el estilo con graciosa sencillez, ya cautiva con amenidad oportuna, ya en fin arrebatada con su nervio y exactitud.

Las lluvias, abundantísimas en esos días no impidieron que la concurrencia fuese tal que apenas bastase la Iglesia para contenerla; pero hacía temer que no diera lugar á que la iluminación y adorno exterior se efectuasen con el lucimiento preparado con mucha anticipación; por fortuna el tiempo empezó á mejorar desde la mañana del viernes, y aumentando el número de peones, y tomando cada religioso su parte, se logró á fuerza de trabajo, que en el día y la noche quedase todo concluido, de suerte que al amanecer el sábado, víspera de la función, apareció como por encanto, el edificio suntuosamente engalanado produciendo la más agradable sorpresa. Tres enormes banderas flameaban en los puntos más culminantes; las que estaban sobre la cruz de la portada y sobre la linternilla del cimborio eran blancas con hermosas cenefas azules y en el centro con letras del mismo color decía la primera: "Reina de todas las virtudes, ruega por nosotros;" la que se colocó sobre la cruz de la torre tenía este lema; "Santa Madre y Prelada de este Colegio Apostólico, ruega por nosotros;" ésta era encarnada con cenefa y letras amarillas: las noventa y cuatro restantes dispuestas como las anteriores aunque de menor extensión y con las inscripciones que á continuación ponemos, flotaban sobre las almenas del cimborio, de la portada, de la torre, del frente todo del

(*) Aunque el autor no puso las piezas panegíricas de estas funciones por las razones que expresa, el Prelado resolvió recojer las que fuese posible para que trasladadas á este libro se completara el opúsculo. Véase al fin del mismo.

Colegio y sobre las doce cúpulas menores ó linternillas que esparcidas por la vasta extensión del edificio, dan luz á sus ambulatorios: un lienzo blanco con orla azul cubría el segundo cuerpo de la portada, y en su centro en un grande óvalo la imagen de María Santísima según se representa en la medalla milagrosa, y ejecutada con la maestría propia del hábil pintor Don Guadalupe Gámez. Atravesaba el cementerio una vistosa galería en forma de cruz desde la puerta del templo á la del atrio y desde uno hasta otro costado, el toldo era de brin sembrado de pequeñas estrellas abiertas en el centro, y caía hacia los lados en anchas ondas con flecos y borlas carmesí, fajas blancas y encarnadas bajando en espiral vestían los pies derechos, á los cuales se plegaban grandes cortinas de los mismos colores que, suspendidas en lo alto del toldo, descendían airosamente: multitud de pequeños gallardetes y camastillos de colores formaban el movable cielo de esta galería; en sus extremos laterales se pusieron altares adornados con exquisito gusto, para que en ellos se dijeran misas el día de la función, á fin de que los concurrentes pudieran cumplir facilmente con el precepto: grandes espejos alternando con hermosos cuadros de la Santísima Virgen, unos y otros con marcos dorados, y cuatro grandes cuadros en lienzo blanco con octavas alusivas, colocados en los cuatro pilares del centro, completaban el adorno de la galería embellecida con gran número de ramos y festones de flores, que traían á la memoria las guirnaldas que los antiguos hebreos depositaban en el vestíbulo del templo durante la fiesta de los tabernáculos. No era aquella fiesta tan festiva como la que ahora describimos.

Aun no rayaba el crepúsculo de la mañana del sábado cuando ya el pueblo en grandes grupos bajaba de todos los barrios de la Villa con dirección al templo, cantando á coro alabanzas en honor de la Virgen Inmaculada: los repiques á vuelo y las saivas de cohetes que de todas partes se arrojaban, saludaban el alba

que jamás había alumbrado escena de alegría más pura: á las cuatro se oyeron crujir los goznes de las puertas, y la nave y el atrio quedaron inundados de gente que venía á asistir á la solemne misa de aurora; el órgano, esa sublime invención del cristianismo, hacía resonar sus armonías, las cuales iban á mezclarse con los variados arpeggios de las aves que desde la punta de los cipreses y la espesa copa de los fresnos, parecían tomar parte en el común regocijo, y la tomaban en efecto, porque las aves, más fieles que el hombre, no saltan de sus nidos al comenzar el día antes de consagrar al Criador sus primeros cantos, ni ocultan al caer la tarde su cabeza debajo del ala sino después de haberle dado gracias en melodiosos trinos. La misa concluía á la hora en que los primeros rayos de sol comenzaban á penetrar por las ventanas, á través de las colgaduras de seda, para ir á reflejar sobre el blanco de las bóvedas y sobre el oro de las colgaduras, ó bien para ir á morir sobre el terciopelo rojo de las candelas, haciendo visible el incienso que se extendía llenando la nave, como la nube misteriosa del Santo de los Santos en el primer templo de Jerusalem. Todo este día se pasó en santas alegrías: se veían á cada paso grupos de personas que volvían de la Iglesia ó que se dirigían á ella cantando las glorias de la que, en su Immaculada Concepción, triunfó de la astuta serpiente, y resonaban por intervalos voces que gritaban: "*Ave María Purísima*" "*Viva María Santísima, concebida sin pecado original.*" Se omitió el ejercicio de las tardes anteriores para dar lugar á las vísperas, que duraron hora y cuarto, y á los maitines que dieron principio á las cinco de la tarde y concluyeron después de las once de la noche. Tres grandes farolas de forma esférica, azul la de enmedio con estrellas blancas, y blancas las de los lados con estrellas encarnadas, habían estado sobre el remate de la portada durante las noches del novenario, así como una estrella de cristal blanco sobre la linternilla de la torre, y un meda-

llón del mismo color con la cifra del nombre dulcísimo de María en caracteres rojos en la portada del atrio; pero en esta noche la iluminación era sorprendente: además de los que acabamos de mencionar, quinientos faroles de diversas figuras partidos en gajos de colores bajaban formando arcos por la bóveda del cimborio, y extendiéndose luego en torno de la cornisa venían á vestir la torre y el frontispicio y corrían en ondas suspendidas en el aire por el frente del Colegio; de la misma manera estaba iluminado el atrio, describiendo la forma del huevo los faroles, los cuales pululaban también entre el cortinaje de las galerías: innumerables candilejas circunaban los costados del edificio y las cornisas de los patios interiores: las casas todas de la población estaban iluminadas, muchas con exquisito gusto, y hasta en las casitas más retiradas se habían encendido fogatas.

Nada hay más pintoresco que la Villa de Guadalupe, vista en esta noche desde el camino de Zacatecas, y más todavía desde el cerro de la Bufa: era un océano de luz reflejándose sobre prismas de cristal suspendidas en el aire, ó bien la perspectiva de un oriente que cargado de celajes inflamado por los postreros rayos del sol, se descubre allá detrás de las quiebras de las montañas distantes cuando las sombras de la noche comienzan á envolver la tierra. Pero los robustos acentos del órgano, alternando con la armonía de la orquesta y sosteniendo las sonoras voces de más de sesenta religiosos, nos atrae de nuevo al templo donde los maitines han principiado. Con suma dificultad nos hemos abierto paso por entre la apiñada multitud, hemos penetrado, y estamos ya en el interior; pero es preciso dejar pasar la profunda emoción que experimentamos, el cuadro que tenemos delante embarga nuestros sentidos, el espíritu se extasía y se eree transportado á la mansión de los santos. En la parte interior del arco oral correspondiente al presbiterio, está suspendido un soberbio cortinaje de terciopelo carmesí con fran-

jas y flecos de oro, el cual abierto por en medio y recojido hacia los capiteles de las pilastras con lazos de oro con enormes borlas, desciende hasta el pavimento con gallarda magestad, haciendo del presbiterio un tabernáculo separado de la misma nave: el cornisamento del altar mayor coronado de bujías en candelabros blancos y amarillos y de ramilletes en jarras doradas, sostiene una caída de más de vara de ancha, también de terciopelo carmesí con franjas y fleco de oro hacia la orilla: esta caída que va á unir sus extremos en el artefacto del coro, corre al rededor de la Iglesia por la parte superior del balaustrado detrás del cual hay un viso escarlata que hace resaltar el blanco y oro del enverjado, y en su parte superior otra caída como de una cuarta de ancho é igual en todo lo demás á la de abajo, rompe en el centro del coro y va á terminar con el balaustrado á los lados del altar mayor donde lucen á la vez la sencillez, la elegancia y la magnificencia acertadamente combinadas: en torno del frontal de riquísima tela de plata recamada de oro y seda, brillan las lentejuelas en la cenefa de oro de los manteles realzados sobre raso perla; la palia de raso blanco está bordada de oro con singular esmero, la cubierta del altar es de lustrina azul con fleco de oro, en la mesa más allá del ara, se alza un hermoso crucifijo de metal y á sus lados seis blandones con cuatro ramilletes también de metal dorado, cincelado primorosamente; blandones y ramilletes de la misma clase alternando el oro con la plata, cubren las gradas del altar y el pequeño balaustrado que corre por el sotabanco; cuatro acheros, los ciriales con sus pedestales de la clase de los blandones y cuatro jarrones iguales con rosales de género resaltaban vistosamente sobre el fondo color de esmeralda de la alfombra. En el centro de este suntuoso tabernáculo donde, á la luz de innumerables bujías brillaban el oro y la plata sobre el fondo blanco del altar y el carmesí de las colgaduras, se ostenta más bella que la rosa de Jericó, más gallarda que la palma de

Sion, más pura que la azucena del Carmelo, la Madre inmaculada de Jesús: jamás la majestad de la Hija del Eterno Padre y la humildad de la Sierva del Señor se han adunado con igual maestría: el escabel de sus piés es el mundo, en torno del cual tres ángeles teniendo sus alas de mariposa y llevando en sus manos la rosa, la estrella y el espejo, contemplan embebecidos la hermosura de su Reina; y ella con el semblante ligeramente inclinado parece que fija en ellos sus apacibles miradas: de pié sobre una nube de plata quebranta la cerviz del dragón con su planta izquierda, que asoma como un hacesito de jazmines en capullo: la luna de pulida plata rompe la nube por los lados encorvando sus puntas estrelladas; el vestido de plata recamado de oro lleva al rededor del cuello y de las manos una ancha pasamanería de preciosas perlas y una graciosa guarda de las mismas en la parte inferior, un grueso cordón de perlas y oro ciñe la cintura y baja hasta la guarda del vestido rematando en dos hermosas borlas; los pulsos de brillantes, sobre las mangas interiores que son de punto con viso color de rosa, rivalizando con los cintillos de las tornátiles manos bellas como dos pequeños copos de nieve ligeramente sonrosados por la luz de la aurora; un prendedor de gran valía luce en medio del pecho, como nítida estrella, y un hogador de menudo aljofar con broches de diamantes sostiene en un lazo de los mismos una calabacilla de clarísimo oriente: la cabellera agrupada en bucles castaños realza la blancura de la bien formada garganta, como en las sombras de la noche brillaría una esbelta torre de marfil herida por un rayo de la luna que se desprendiese de entre nublados espesos: el manto de azul esmaltado como cielo de primavera está también recamado de oro, y el velo de finísimo punto desciende en torno del apacible rostro hasta abajo de la cintura y va á caer por la espalda sobre la orla del manto flotante y ligero como la bruma del mar atravesada por la luz del sol cuando empieza á asomar entre las olas: